

“Entre EMETIRES y PEUVEFES”

Por Emboque al Pulgar

Cada época da a luz a unos personajes tipo. Y en la nuestra, la del postmodernismo, es la del florecimiento de los “emetires”. Los denomino así por conjunción contraída del sonido de sus siglas anglófonas que completa sería “My taylor is rich”, people, añadido.

Son los “ejecutivos espikinglis”. ¡Tan ufanos de esparcir sus conocimientos de lengua inglesa!

¡Qué maravilla es verles! Tan tiosos que van. Tan derechos que caminan. Tan ostentosos de sí mismos que desde lejos se puede notar que se gustan en su distinción. ¡Tal vez por lo diferentes que se sienten!

A un “emetir” con forma de “ejecutivo espikinglis” se le conoce desde lejos. Se le nota un “caché superior”. Es como si emitiera una “fragancia de calidad extra y noventa y ocho octanos”

Pero su diferencia no reside sólo en su “ejecutividad espikinglis” sino porque además tienen otros adornos como el de resultar ser personajes que viven con objetivos para todo. ¡Hasta para descansar o divertirse! Y porque además al “no parar” le llaman dinamismo. No ser así les excluye de ser un “ejecutivo espikinglis”



No es que sean insensibles a otras cosas; ¡no! Ni mucho menos. Son capaces de atender la diversidad; e incluso de apreciar hasta el arte. Estoy seguro de que llegarían a ser capaces de escuchar una sinfonía si se la pudieran extraer en un máximo de diez minutos. ¡Es que son tan esclavos de la actividad y de la rapidez que no pueden permitirse un desperdicio de tiempo! Su lema es la eficacia. Viven para demostrar la eficacia.

Para ellos el mundo se divide en dos: Lo Eficaz y Productivo y el resto. Y el resto no les interesa. Y si les preguntáramos sobre la calidad de una sinfonía, muy probablemente nos responderían en términos de recaudación obtenida. ¡Eso es eficacia!

Los “emetires” son buscadores del éxito. ¡Y de un éxito ya! Es tal su pasión y el foco de su vida en torno al éxito, que cuando lo consiguen se quedan tiritando de desconcierto porque ya

no saben qué hacer. Y tienen que focalizarse inmediatamente hacia un nuevo éxito. Van de logro en logro como las abejas de flor en flor pero con la contundencia de un martillo.

Son tan drásticos y directos que cada uno de sus movimientos es clasificatorio entre ¡buenos y malos! Buenos son los competitivos y productivos; malos los no productivos. Ellos son de los primeros y sólo le interesan los primeros. Les gusta generar círculos de competitivos y productivos. Me encanta la simpleza y directa sencillez con que juzgan la vida. ¡Lo que me hubiera gustado no complicarme tanto y ver todo tan fácil como ellos! ¡Son admirables! ¡Qué suerte tienen! ¡Vivir tan “sin perder tiempo”! ¡Pero qué suerte!

¿Qué otra cosa podrían hablar que el inglés? Es un idioma que les encaja perfectamente. Es una lengua tan breve, tan prepotente, tan directa y tan ahorrativa que por serlo (seguro que en aras de la competitividad), usan contracciones constantes e incluso reducen a la mitad signos como el de admiración o el de interrogación. ¡Así demuestran rapidez, eficacia, practicidad y productividad!

Por eso el inglés de las colonias continentales de América ha ganado la batalla al inglés isleño de la vieja Europa. Porque este, de tanto presumir, se ancló en lo rancio y emperigotado. Estaba tan sustentado en conseguir su preponderancia a base de piratería y el sometimiento de otros pueblos que trabajaran para ellos en el Imperio, que no se dieron cuenta de que el “hágaselo usted mismo” promovido por sus súbditos yankees sería el nuevo estilo dominador de la Humanidad. Así surgiría este postmodernismo actual tan dinámico y claro de ideas. ¡El que rinde que rinda más y el que no rinda...que aprenda a rendir! Aquí estamos para ser no sólo productivos sino, más aún, competitivos.

¡Qué lema tan contundente; tan explícito; tan focalizador de actitudes! ¡Qué alarde ante la vida! ¡Qué capacidad directiva! ¡Qué energía!

¡Me encanta!; no puedo evitarlo. ¡Qué maravilla poder entender la vida de forma tan clara! ¡Cómo me hubiera gustado nacer así de privilegiado y cómo me arrepiento de tantas pérdidas de



tiempo, no ya escuchando una sinfonía, sino incluso entretenido oyendo los campanos de unas vacas y admirando unas montañas repletas de frondosos bosques y notables picachos!

Menuda diferencia entre estos “seres con hormiguillo” de permanente inquietud y aquellos otros “peuvefes” de antiguo que eran modelo en nuestros tiempos. Los “pvf”, producto derivado del “parlez vous francais”, que se interesaban y entretenían con la cultura, la poesía, el teatro, la filosofía. Que sentados en cualquier

escalinata pública, decorados con unos raídos pantalones vaqueros o de pana, eran capaces de pasar una tarde leyendo o discutiendo sobre cuestiones de ética, música o cualquier otra majadería improductiva. Aquellos eran los hijos de aquellos defensores de la “liberté y la fraternité” en cuyo nombre y defensa decapitaban, pero, eso sí, disfrazados de su modernidad, ¡la del cantautor comprometido!

¿Va a ser que al fin y a la postre el denominador común entre “peuefes y emetires” será eso de “decapitar, degollar, o expulsar” a los diferentes?

Y ya acabo aquí, tan deprisa como empecé, que siento el pesar de no ser productivo.

JGC - Abril 2013

